UNA VOZ DEL EXILIO REPUBLICANO: JOSÉ RUBIA BARCIA EN 1985

José Manuel González Herrán
Universidade de Santiago de Compostela

Mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento a los organizadores de este Congreso (en especial a Manuel Aznar y a Xosé Luis Axeitos) por su amable invitación a participar en este encuentro de especialistas en un campo que está lejos de los que habitualmente transito: las razones de esa intromisión tienen más que ver con lo personal (mi afecto y admiración por un exiliado a quien tuve la fortuna de tratar) que con la investigación académica o científica. Mi intención es, según anuncia el título, traer aquí la voz (en su más exacto sentido) de uno de los protagonistas del exilio republicano que aquí nos convoca.

En una tranquila tarde del verano de 1985, en la casa de su familia mugardesa, mantuve con José Rubia Barcia una larga conversación de casi tres horas, que registré en cinta magnetofónica, con destino a un artículo-entrevista en el que glosaría su vida, personalidad, obra y pensamiento. Como tantas veces sucede, la revista con la que había acordado la publicación de aquel trabajo cerró antes de que yo lo tuviese listo; aunque nunca llegué a comentarlo con él, sospecho la decepción de José al comprobar que pasaban los meses (y los años) y no aparecía aquella entrevista, a la que había accedido amablemente y muy ilusionado. Como saben quienes tuvieron la fortuna de tratarle en esos años, una de las cosas que más le dolía era el injusto silencio y el desconocimiento que creía percibir aquí respecto a su obra (de ello habla en varios momentos de esa conversación): ambos confiábamos que la publicación de mi artículo-entrevista contribuyera a remediarlo.

Han pasado más de trece años desde entonces —y casi dos de su muerte— pero la situación no ha cambiado mucho; aun reconociendo los meritorios esfuerzos de algunas personas (Isaac Díaz Pardo y Xesús Alonso Montero —aquí presentes—; José Antonio Ponte Far, Eva Ocampo, Esperanza Piñeiro, Lino Braxe, Antón Simón), creo que Rubia Barcia, como otros muchos compañeros de la diáspora de 1939, continúa en el exilio. Una manifestación no sólo de injusticia sino de despilfarro; la sociedad postfranquista no ha estado tan sobrada de intelectuales, sabios, artistas, políticos (y así nos ha ido...) como para desdeñar las aportaciones de toda una generación: la de quienes fueron cruelmente expulsados de la casa común por el grave delito de haber puesto su inteligencia o su talento al servicio de la democracia y de la libertad. Es cierto que, al comienzo de la transición, la prensa, la radio, la televisión, los teatros, los ateneos, los parlamentos vivieron una especie de *fiesta del exiliado*, que celebraba la recuperación de los más famosos de entre ellos (no siempre los más valiosos), mientras que —de manera más discreta y decorosa—

otros iban volviendo poco a poco, o seguían a la espera de ese mínimo gesto de reconocimiento a que creían tener derecho. Cuando está próximo a cumplirse un cuarto de siglo de la muerte del dictador esa deuda histórica sigue pendiente: encuentros como el que en estos días nos reúne aquí son una excelente manera de ir saldando ese pago aplazado.

Apunté antes que el olvido de que José Rubia se dolía no se ha remediado del todo: prueba de ello es el hecho de que mis palabras sean las únicas que lo recuerden en este congreso (y a punto estuvo de engrosar la lista de ausentes); por ello en algún momento pensé si acaso no sería conveniente dedicar un parte de mi intervención —o toda ella— a una sucinta glosa de su vida y de su obra, para quienes las desconozcan. Pero (aparte de que hay ya algunos trabajos al respecto) he preferido que sea él mismo quien lo haga, a través de la conversación que aquí recordaremos.

Di la primera noticia de ella, y de la grabación magnetofónica en que se recoge, en mi intervención en una mesa redonda que, con ocasión del fallecimiento de Rubia y organizada por el Ayuntamiento de Ferrol, tuvo lugar en la Casa da Cultura de aquella ciudad el 9 de junio de 1997; al año siguiente, en las páginas que le dedicó el número 12 (abril de 1998) de la revista *FerrolAnálisis*, publiqué tres fragmentos, con una breve nota de presentación y comentario; en estos días estoy preparando la transcripción y edición de ese diálogo para un librito que espero publicar próximamante.

Para enmarcarla, quiero referir brevemente mi relación con *Sé* (como le llamaban familiarmente); por razones personales y familiares, yo le había conocido diez años antes, en julio de 1975, en su Mugardos natal, a donde había regresado —muy discretamente— a causa de la grave enfermedad de su hermano Paco, que fallecería a finales de aquel verano. Su nombre me era conocido como el de un prestigiosísimo hispanista exiliado, autor de trabajos fundamentales sobre literatura española, especialmente sobre Valle-Inclán; yo preparaba entonces un ensayo sobre los cuentos de don Ramón y me atreví a pedirle su dictamen acerca de mi borrador. Hablamos de Valle, de literatura, de Galicia, de España, de su historia lejana y próxima; advertí entonces con cierta sorpresa algo que nuestra posterior relación confirmaría: sin renunciar a los temas *académicos*, era evidente su preferencia a tratar de otras cuestiones; preferentemente, las políticas. Vivíamos entonces un periodo crucial de nuestra historia reciente y la compartida preocupación por la situación del país en aquellos estertores del franquismo justificaba esos temas de conversación; pero el paso del tiempo y los cambios sucedidos no modificaron —antes bien, la incrementaron— tal tendencia. En esa conversación de 1985 hay abundantes muestras de ello: sus palabras adquieren un tono más entusiasta y apasionado cuando discurren por derroteros históricos y políticos (los años de la República, la Guerra Civil, el franquismo y el postfranquismo) o al evocar episodios de su peripecia vital (la infancia ferrolana, la juventud granadina, el temprano compromiso político, la lucha contra el fascismo, los campos de prisioneros en Francia, el exilio americano, la experiencia teatral en Cuba, la radiofónica en Nueva York, la cinematográfica con Buñuel en Hollywood, la carrera académica en la Universidad norteamericana). Todo ello a pesar de mis esfuerzos para que la entrevista —según la publicación a que estaba destinada— se ocupase más de sus trabajos y estudios literarios.

Aunque para entonces Rubia Barcia había vuelto a España varias veces en los veranos anteriores, ese viaje de 1985 tenía para él una importancia especial: tras más de cuarenta años de su marcha, esta visita no era estrictamente privada ni de índole familiar, pues venía oficialmente invitado por la Universidad de Santiago de Compostela para dictar una

lección en el Congreso Internacional en el centenario de Rosalía (por especial empeño de uno de los organizadores de aquel encuentro, nuestro actual Rector Darío Villanueva); como el propio Rubia precisaba, aquella era su primera intervención pública en Galicia desde su exilio de 1939; la segunda, pocos días después (y especialmente emotiva, tanto para él, como para los familiares y amigos que le escuchamos), fue en Ferrol, la ciudad que —como también recuerda en esa entrevista— tanta importancia tuvo en su formación cultural, personal y política. Ese mismo verano participó en otros congresos, cursos y seminarios en San Sebastián, Bilbao, Madrid, Santander. (Por cierto que en el verano anterior había participado en un encuentro sobre León Felipe en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, heredera de aquella Universidad de Verano creada por la República, en la que había estado como estudiante becario cincuenta años antes: reencuentro que constituyó una experiencia poco grata, a causa de ciertos incidentes menores que comenta en esa entrevista.)

La conversación que aquí recuerdo tuvo lugar, pues, en días muy especiales para él: aunque tardíamente, aquello significaba la recuperación del vínculo injustamente quebrado en 1939; si la historia de España hubiese transcurrido por otros derroteros, José Rubia Barcia habría sido (como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz y tantos otros) Catedrático —acaso no de Literatura española, sino de Literatura árabe— en alguna de nuestras universidades, y su magisterio nos habría llegado a través de su presencia, no mediante los trabajos y libros que —con alguna dificultad— habían circulado entre nosotros.

De mutuo acuerdo, el diálogo fue más una disertación suya que coloquio a dos: mi esfuerzo se limitó a suscitar o provocar sus recuerdos, que deliberadamente quise centrar en su aventura vital. Pero también procuré que completase sus remembranzas con consideraciones y juicios acerca de cuestiones que, *según yo sabía, le importaban muy especialmente*: España, su historia y su política, la juventud, Galicia, la cultura, la Universidad, el exilio, la sociedad norteamericana... El resultado —por su brillante exposición, su prodigiosa memoria, sus atinadísimos comentarios, sus apasionados juicios, su fina ironía— es un fascinante discurso, que no creo deba guardar para mí solo.

Mientras continúo preparando la edición del libro que recoja esa conversación, quiero ofrecer aquí algunos fragmentos; he elegido tres en los que habla del exilio, ateniéndome a lo que el título de mi comunicación prometía: el exilio republicano de 1939 a través de la voz de uno de sus protagonistas, José Rubia Barcia; de modo que el previsible aplauso final de ustedes no premiará mis palabras, sino las suyas.

.....

[G. H.-Hablemos, pues, del exilio]

R. B.-Pues... ya... eso... otro tema, y complicado, porque sólo el que ha vivido el exilio puede darse cuenta de lo que es el exilio. El razonar sobre el exilio, el pensar sobre el exilio ya transforma el sentimiento del exilio. Es quizá una de las experiencias más dolorosas y más angustiantes por que puede pasar el hombre, y eso lo heredaron los gallegos, ese sentimiento. Sobre todo si has luchado seriamente con el intento de hacer algo positivo en relación con tu país y sientes el fracaso de tu esfuerzo. Y si el exilio se prolonga, la desesperanza ya de que tus ideas y tus cosas tengan un reflejo en la vida colectiva que te

interesaba...; es decir, te sientes doblemente fracasado: primero, has abandonado tu país y después ya has abandonado toda posibilidad de influir sobre tu país. Queda el recurso de sobrevivir en la palabra escrita, pero la experiencia, naturalmente, es lamentable en ese sentido. Es decir, todas las emigraciones españolas del siglo pasado... —la emigración a Inglaterra— ha tardado cincuenta, ochenta, noventa años alguna gente en ser redescubierta en España, de modo que no hay esperanza ninguna de eso. Y tampoco hay lo que es posible si vives todo el tiempo dentro de España, en lo que —erróneamente, creo yo...— yo no creo que haya un exilio interior [G.H.: No me gusta tampoco la expresión]... se la inventó Paul Illie, pero no es... no expresa una realidad; hay discrepantes interiores, o coincidentes interiores, o indiferentes interiores, pero no es exilio. El exilio es un exilio que afecta a tu sensación no como ser racional, sino como alguien a quien privan de su habitáculo, de su..., de su... sitio donde puede pensar, razonar y sentir de acuerdo con otros semejantes; y eso... te privan de eso y te quedas en el aire, colgado en el aire sin asideros... No importa que resuelvas o no resuelvas económicamente tu vida; el problema es que, si eres hombre de espíritu, te sientes, pues... sin... sin metas, sin objeto... todo lo que haces lo haces para ti mismo. El exilio es... te obliga a pensar dentro de ti olvidando al resto de la humanidad. Si estás en un país de otra lengua, mucho peor; si estás en un país de lengua afín hay unas conexiones que se establecen con esa gente; pero si es un país de otra cultura y de otra lengua, estás completamente sólo...

(...)

R. B.-Creo que todos los intelectuales que salieron al exilio agudizaron su sensibilidad política y se opusieron al régimen de Franco de manera sistemática. Yo no soy excepción en ese caso, quizá fui uno de los más violentos, pero no... [G. H.: O de los más activos] o de los más activos, pero no fui el único ni mucho menos [...] De modo que el sentimiento era común, que había que renovar la visión de España, que España no era exclusivamente un imperio que se impone, sino que había otras posibilidades. Y esa visión de España nos hacía *asimilar* el imperio; *asimilarlo*: cosa nueva para una generación como la nuestra. La reconsideración del imperio por nuestra parte, del imperio español nos llevaba a sentir ya que había una injusticia en el juicio universal sobre la actitud de aquellos españoles fanáticos que iban a establecer un nuevo mundo y que eso se entendía mal. América nos abre los ojos a nosotros para una visión nueva del imperio. Pues esto, naturalmente, esto políticamente... con las mentecateces que se hacían en la política nacional de una vuelta a la Hispanidad y la pretensión de dominar América de nuevo, etcétera...; eso hacía incompatible la cosa, pero nuestra voz era una voz que abarcaba la adhesión de los hispanoamericanos sensibles y comprensivos. Y se produjo gracias a nuestra... a la actividad de los españoles en Méjico, en Cuba, en Venezuela, en la Argentina, se produjo de nuevo una aceptación de España. Nosotros fuimos a reivindicar una España que no era esta y esa España les sirvió a ellos también para sentirse mucho mejor en contacto con nosotros. De modo que nosotros conseguimos la unificación espiritual del espíritu hispánico en América, siempre luchando contra el dictador que estaba en España, que no nos representaba, que no podía representarnos: era un producto arcaico, decadente, inefectual [?]... no podía tener influencia en la vida del mundo, era una cosa totalmente arcaica y vengonzante y compartíamos la vergüenza nuestra con los hispanoamericanos, y eso nos ganó la simpatía de la intelectualidad americana (...) Todo lo que se ha producido en la primera etapa del exilio, entonces... nuestro exilio ha sido eminentemente político, no económico, no... hemos sido gente amenazada de muerte, que tiene que marcharse de su

país, pero la conciencia política se aviva; y lo que ocurre es que dura tanto y tanto y tanto... y la espera para que este hombre se caiga, y en vez de caerse se reafirma con medidas económicas, con lo que sea, ayudas extranjeras y tal... y poco a poco se nos va alejando la perspectiva de la posible vuelta, y ya... llega un momento en que ya es imposible la vuelta, tenemos que morir en América, y la mayor parte ha muerto en América; de los mayores, los que tenían cuarenta y cincuenta años en el exilio, ya han muerto todos; y los jóvenes... yo soy quizá el más joven de todos los que han escrito en América. Entonces, todavía persisto y pervivo, pero ya sin la posibilidad de volver a nada... ya estoy... me cogió la tela de araña del tiempo y de la vida, me envolvió y, naturalmente... pues soy la mosca para la araña: me... me come... las circunstancias... y no tengo más remedio que permanecer donde están mis hijos, donde están mis nietos, donde está mi vida, donde hay... Este país es mi país, pero es mi país en esencia y muy dentro, pero no es el país ya en el que puedo vivir...

[G. H.- ¿Qué impresión —aunque sé que eso es muy difícil de simplificar, pero...— qué impresión te produjo la sociedad española y la gente española con la que trataste, sobre todo en estos diez últimos años... en los que has podido tener ocasión de hablar no sólo con la familia, sino con otras gentes...?]

R. B.-Mira: algunos de los intelectuales —no voy a mencionar nombres—, algunos de los intelectuales más destacados... me han ocurrido... cosas... desagradables con algunos de los grandes nombres españoles, una vez que me puse en contacto con ellos, y algunas, en el terreno personal, agradables. Pero... no podía... adherirme... Cuando se me invita para que colabore para los *Cuadernos para el Diálogo*, por ejemplo, yo renuncio a colaborar en los *Cuadernos para el Diálogo*: yo no podía creer que hubiera posibilidad de diálogo entre lo que yo sentía, pensaba, etcétera, y lo que ocurría en el interior de estas gentes que proponían la misma cosa. Algunos de los proponentes de eso... recuerdo... hemos sido y somos amigos...; hubo una correspondencia mía con Aranguren, y... ahora voy a Madrid y como con Aranguren, porque lo considero una bellísima persona, etcétera... pero no pude estar de acuerdo con su actitud de convivencia y olvido... yo no podía hacer eso, me lo impedían mis entrañas, no mi cabeza, mis entrañas me impedían eso. De modo que... mis vueltas a España han sido todas... diría... más de sufrimiento que de conmiseración por la problemática de la vida española, por muchas razones. Es este el primer viaje de los que he hecho a España, este el primer viaje en que me encontré con jóvenes; no con gente mayor, con jóvenes con los que me he entendido perfectamente; es decir, los jóvenes con quienes estuve en contacto en San Sebastián, en Bilbao, en Madrid, en Santander y aquí me han devuelto la fe en España; pero lo anterior, no. Nada: no importa que haya sido gente que ha luchado, que no ha luchado... gente arrepentida o que ha cambiado... es gente con la que no he podido entenderme; puedo tener una conversación cordial, pero no confusión de sentimientos, simpatía profunda, esperanza en ellos, la he perdido hace ya muchos años y no he podido recobrarla.

(Fragmentos de una conversación de J. M. G. H. con José Rubia Barcia, grabada en el verano de 1985; transcripción de Manuel Vilar, revisada y corregida por J. M. G. H.).